

Los partidos y movimientos políticos que gobernaron el país entre 1980 y el 2000 se muestran hoy reacios a asumir sus responsabilidades en el desarrollo del conflicto interno que asoló al país en estas dos décadas. Martín Tanaka, especialista en partidos políticos, intenta explicar en este artículo las razones de tal resistencia.

Los partidos y la violencia: La política del avestruz

Martín Tanaka

Existe un debate sobre cómo evaluar las responsabilidades de los partidos políticos en el desarrollo de la violencia política, y cuáles serían estas. No es fácil encontrar un punto de vista adecuado.

De un lado, hay que evitar caer en una retórica antipartido: los partidos fueron irresponsables, no hicieron nada, o lo que hicieron lo hicieron mal, violando derechos humanos, reprimiendo de manera generalizada.

De otro lado, uno tampoco puede quedarse satisfecho con la explicación de que hay que "pasar la página", y que el hecho de que los partidos respondieron a la agresión de los grupos subversivos es un atenuante lo suficientemente fuerte como para, *ex ante*, olvidar y perdonar. Los miles de muertos y desaparecidos, las víctimas inocentes, especialmente quechuhablantes en zonas rurales, no nos lo permiten.

Que el Estado cometió por lo menos errores, excesos, es un hecho absolutamente evidente, y las responsabilidades penales, políticas y sociales de ellos deben ser cuando menos esclarecidas. Pero a mi juicio es también claro que hubo mucho más que simples errores y excesos aislados, y seguramente el informe de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR) nos dará luces en ese sentido.

Con todo, no deja de ser cierto que todo esto ocurrió en un contexto específico, que, para ser justos, tenemos que considerar. ¿Cómo evaluar entonces la actuación de los partidos?

La "recomendación retrospectiva"

Empiezo por señalar mi desacuerdo con un criterio muy extendido de evaluación: el de la "recomendación retrospectiva". Me parece que es un

argumento falaz decir cómodamente desde hoy que fue un error no haber hecho esto o lo otro, acusar a los partidos de no haber sido capaces de prever o de evitar los desaciertos. Es injusto exigir clarividencia. A los actores políticos no se les puede exigir clarividencia. Debemos evaluarlos desde las ideas, el conocimiento, la información disponible en su momento.

Es un hecho que los partidos no supieron cómo encarar el problema. La pregunta es: ¿quién sabía? Es cierto: a inicios de los años ochenta Belaunde habló de una conspiración de fuerzas extranjeras (en ese tiempo no se hizo referencia a abigeos). Pero recordemos lo que decía la izquierda: Sendero Luminoso era en realidad una maniobra de la derecha (hasta de la CIA,

Martín Tanaka es investigador del Instituto de Estudios Peruanos.



Foto: Ernesto Jiménez

se llegó a decir) para reprimir al movimiento popular.

¿Qué dijeron los intelectuales? Basta revisar los diarios, revistas y publicaciones de la época para ver lo disparatado de las interpretaciones de los primeros años de la violencia: se hablaba de la intervención de mitos andinos ancestrales como el de los *pishtacos* o de la vuelta del Inca...

Belaunde y el ingreso de las Fuerzas Armadas

Así, de un lado nadie sabía bien qué debía hacerse, y desde el otro había una fortísima presión por que "algo" debía hacerse, "y ya". ¿No hizo nada Belaunde? Hizo muchísimo, en realidad: primero intentó una ley antiterrorista, que fue criticada por la oposición del APRA y la izquierda como "represiva", pero luego, en diciembre de

1982, tomó la decisión de delegar el asunto en las Fuerzas Armadas, y esa decisión marcó el rumbo de los años siguientes.

Las Fuerzas Armadas respondieron de manera principalmente represiva, no política, y sin capacidad de distinguir entre el senderismo y la población. Así, a la acción de Sendero, cuya estrategia de "conquistar bases" pasaba por el asesinato de dirigentes comunales y populares, de autoridades locales y hasta de comunidades enteras, se sumó después la represión del Estado, que alcanzó en ocasiones niveles de barbarie. No de otra manera se explica el elevadísimo número de muertos entre 1983 y 1984.

A pesar de todo, Belaunde decidió encargarle la solución del problema a los militares.

Considero injusto criticar a Belaunde por aprobar la intervención militar en el conflicto, dado que tarde o temprano ello tendría que haber sucedido. Lo que sí es censurable es haberse desentendido del problema. Precisamente por el tipo de respuesta que pusieron en práctica los militares, el poder democrático debió haberla seguido muy de cerca. Belaunde aceptó un pacto tácito con las Fuerzas Armadas: ustedes se encargan del problema a su modo, y nosotros nos olvidamos de los derechos humanos.

No es posible establecer atenuantes con un Presidente que dijo que los informes sobre violaciones de los derechos humanos de Amnistía Internacional iban directamente al tacho de basura. La política del avestruz fue una irresponsabilidad y un gravi-

simo error. Ello fue posible porque la guerra senderista ocurría en las zonas marginales del país, en los bolsones más aislados; involucraba sectores sin rostro, sin voz. Lo más grave de todo, a mi juicio, es que más de quince años después los dirigentes de Acción Popular, incluyendo a Valentín Paniagua, parecen no haber entendido todavía el problema. Le deben al país por lo menos una autocrítica sincera.

¿Qué debió haberse hecho? La respuesta correcta, supuestamente, era no reprimir, sino privilegiar el desarrollo. Dado que los grupos subversivos serían consecuencia de las injusticias y problemas estructurales, la aplicación de reformas a favor de los más pobres sería la solución, y la respuesta estatal debía acercarse a la población, desmilitarizarse y respetar los derechos humanos. Es lo que decían los intelectuales, la izquierda, y también el APRA.

García y la "revolución en democracia"

Y es esa política la que Alan García desarrolló en los primeros meses de su gobierno. García manejaba un discurso según el cual iba a protagonizar una revolución social en

democracia. Al comienzo, todo pareció bien: el MRTA, por ejemplo, le otorgó una tregua a su gobierno. Sin embargo, esta fórmula, políticamente correcta, tampoco funcionó.

Y es que Sendero no era tanto resultado de las injusticias o la pobreza cuanto una respuesta fundamentalista y dogmática a ellas. Sendero continuó con su lógica de guerra. Esto llevó a la impotencia, y ella a la vuelta a las políticas represivas.

El viraje empezó a darse con la matanza de los penales de junio de 1986, y la impotencia se manifestó también en la creación de un grupo paramilitar. En conclusión, el gobierno de García cayó en el mismo error en el que incurrió el de Belaunde, aunque durante esos años, cuando menos, era clara la preocupación por el asunto y la búsqueda de alternativas, no siempre acertadas. También hay una autocrítica que hacer.

Al final, poco a poco, desde 1987, más por el aprendizaje de las propias Fuerzas Armadas y de la Policía que por un cambio en la conducción política, empezó a tomar forma la estrategia que llevó a

la derrota de Sendero Luminoso: una estrategia que combinó la represión selectiva, acciones de inteligencia y la búsqueda de alianzas con la población, que en realidad era víctima del accionar de los grupos subversivos, no cómplice de ellos. Pero ese aprendizaje fue lento. En cuanto al gobierno aprista, era difícil que hubiera podido encabezar el cambio de estrategia, dado que desde 1987 empezó a verse asolado por el fracaso de la estatización de la banca, la reorganización de la derecha, el avance paralelo de la izquierda y, desde 1988, por el colapso de las finanzas públicas.

La izquierda y el tercer camino

¿La izquierda construyó una alternativa? Tampoco. En primer lugar, en realidad el APRA aplicó, en los primeros meses de su gobierno, una estrategia muy similar a la esbozada por Izquierda Unida (no solo en política antsubversiva, cabe señalar). En general, la izquierda apostó a un tercer camino, alternativo tanto al senderismo cuanto a las Fuerzas Armadas (no al terrorismo, no a la represión), que no tenía posibilidades de éxito. La lógica de la guerra pasó por encima de la lógica de la política.

Aunque, para ser justos, la lógica del tercer camino era una fórmula compromiso entre dos extremos. De un lado estaba el ala reformista de Barrantes, que sí tuvo un

Solo a finales de los años ochenta e inicios de los noventa los partidos de izquierda asumieron en conjunto la idea de que SL no era parte del "campo popular", sino una fuerza reaccionaria.

mérito: asumir plenamente las reglas de la democracia representativa, y ponerse del lado de las fuerzas del orden. Pero Barrantes y sus seguidores no eran la IU; por eso renunció a su presidencia desde 1987.

La mayoría de los partidos de la IU venían de una ideología radical, insurreccional, ambigua frente a la democracia representativa y frente al senderismo (algunos partidos preparaban su "brazo armado").

La izquierda también debe una autocrítica. Si bien jugó, en los hechos, dentro de las reglas del sistema, siempre mantuvo cierta ambigüedad frente a Sendero. Solo a finales de los años ochenta e inicios de los noventa los partidos de izquierda asumieron en conjunto la idea de que SL no era parte del "campo popular", sino una fuerza reaccionaria. Por entonces Sendero había asesinado ya a muchos dirigentes de izquierda.

Así, en realidad, quienes aprendieron cómo derrotar a SL fueron los militares y policías. Pero otros protagonistas de la derrota de la subversión deben ser resaltados, especialmente porque se enfrentaron a las fuerzas de la guerra casi desarmados. Ronderos, comuneros, dirigentes sociales de un amplio conjunto de organizaciones populares, militantes de base de todos los partidos, autoridades locales, se enfrentaron casi inermes al senderismo, en medio del abandono y la desconfianza del



Foto: Caretas

Estado, de las Fuerzas Armadas y de la indiferencia de la sociedad nacional.

El papel del fujimorismo

Y para terminar con el recuento de actores políticos, un comentario breve sobre el fujimorismo. Acá en realidad no hay mucho que contar: Fujimori se benefició del aprendizaje del que hemos hablado. Sendero empezó a debilitarse desde 1988 con el cambio de estrategia militar y policial, y se desmoronó desde la captura de Guzmán en setiembre de 1992. Pero hay que recordar que este casi fue capturado en 1990, durante el gobierno aprista. En realidad, Fujimori hizo lo mismo que Belaunde y García: desentenderse del problema y dejárselo a los militares. Solo que ellos ya habían aprendido las lecciones. Y se le puede culpar de lo mismo: ignorar el problema de las violaciones de los derechos humanos. Fujimori capitalizó a su favor el trabajo de otros, y luego se aprovechó y manipuló políticamente sus réditos, siendo el responsable del "rebrote" del que ahora se habla. ▲

Una oportunidad para la autocrítica

Con la presentación del informe de la CVR, sería lamentable que los partidos no aprovecharan la oportunidad para hacer un verdadero examen de conciencia y autocrítica. Ello ayudaría a legitimarlos ante la ciudadanía.

Desgraciadamente, en la audiencia pública de los partidos sus presentaciones revelan muy poca voluntad de reflexión, con la excepción parcial de la de García. Para ser justos, la autocrítica de los partidos debe ser parte de una autocrítica nacional. Algunos pecaron por acción, pero otros por omisión. Los intelectuales, los organismos de derechos humanos, los medios de comunicación, todos nosotros.

Este es el resultado al que yo aspiro como consecuencia del trabajo de la CVR: un reconocimiento colectivo de responsabilidades, primer paso para un trabajo común para reivindicar a las víctimas y a los héroes de la derrota de la subversión. ▲